

Cuando la sugerente voz de Carlos del Amor mencionando los premios de World Press Photo acarició con su voz a esta mujer que leía entre la basura supe al instante que esa imagen sustituiría a la catedral todavía desconocida que iba a iniciar la presentación con la que intentara animar a la lectura en bibliotecas universitarias o tal vez hablar sobre el desánimo ante la lectura en universidades sin biblioteca. No quise saber cuáles eran las circunstancias que dieron lugar a la instantánea, sólo la busque, la archivé, seguramente para evitar que ella misma condicionara una idea que ya estaba en mí y que ella iba a evocar sin tocarme. Descontextualizada para dejar viajar libremente los propios prejuicios.

Una mujer rodeada de basura lee sentada sobre una bolsa. Es negra y es pobre. Tres elementos que unidos a la casi certeza de que vive en un país lejano al “primer” mundo la acercan al analfabetismo. Por tanto, ¿Sabrá leer? ¿En qué idioma? ¿Leer qué?

Sin embargo, ¿por qué con los mismos rasgos característicos que acabamos de trazar no puede ser una profesora universitaria, una doctora, golpeada por la crisis inmisericorde, que ha acabado en la pobreza, rebuscando su futuro entre basuras... o incluso esa misma doctora que por una casualidad inasible para nosotros ha llegado a ese campo de basuras “espumosas”?

Incluso, ¿por qué no? El fotógrafo ha propuesto a una modelo posar para nosotros, para el mundo, para el jurado que debe decidir un premio... o para denunciar lo que quisiera en ese momento.

Si fuera analfabeta, ¿qué lee? ¿Mira tan solo las imágenes, las que están más cercanas a la fotografía o las que conforman las letras, el texto, imágenes al fin y al cabo? ¿O es un libro en blanco... lo que no significa que no se pueda leer?

¿Está, por el contrario leyendo el libro, tal vez ayudándose con movimientos leves de los labios, absorta en su contenido, o de otra manera está recordando su primer beso, el amor herido que cobija en la espera, transportada en ese misterio íntimo que es la lectura, en buena medida hiperexistencial?

¿Se ha acercado al libro porque se ha extrañado de encontrarlo allí y la mera curiosidad le ha hecho abrirlo, o es incapaz de ver un libro y no abrirlo e intentar desentrañarlo, conocerlo al menos para poder saludarlo en alguna ocasión posterior, o lo ha traído consigo para parecer que ha habido una casualidad cuando no encerraba sino intención, o en la más extraña de las circunstancias ha reconocido un antiguo libro, marcado con el exlibris de un gran amigo y la instantánea la ha sorprendido en el momento de reconocerse mutuamente un poco antes de llevárselo al pecho y agradecer su vuelta con un abrazo?

¿No podría incluso, por una paradoja del destino, estar contemplándonos, contemplándose contemplándonos de una misteriosa manera de modo que no es ella sino nosotros los que somos leídos, nosotros las sombras legibles que conforman esta historia?

Por tanto, no hay nada que pueda objetarse en cuanto a que esta imagen sea la que mejor transmite el enunciado de esta charla: la animación a la lectura en las bibliotecas universitarias, con la aportación de las TIC, por muy cierta que pueda ser la afirmación de Zaid de que los universitarios están más dispuestos a ser leídos que a leer.

Y menos todavía cuando ya me atrevo a desvelar el misterio y leo en una página web que esta imagen, embrumadamente colorida, ha sido tomada en Kenia y que la mujer aseguraba que lamentaba no tener más tiempo para leer los libros que se encuentra en el vertedero. Ella quiere leer, lo básico, lo fundamental, lo único necesario para ser animado a leer: Si quieres, lee.



© Micah Albert (Redux Images) World Press Photo Contest 2012

1. Lectura

El bebé que comienza leyendo el rostro de su madre para reconocerla y sentirla, más tarde leerá las estrellas y el cielo que las contiene como se ha hecho desde tiempos inmemoriales, a veces con temor, con esperanza; también los cercos adelgazados y robustos de un árbol en bisel, las sustancias contenidas en un hueso de una princesa Médici que nos indican su alimentación, las capas que ocultas bajo el hielo extraen con una larga muestra subterránea, las curvas de plegamiento que han quedado desnudas en el paisaje, la luz húmeda de una mirada fija, el esquivo y huidizo –aunque lento- carbono 14, la sonrisa apenas insinuada de unos labios cómplices... la postura defensiva de quien aparentemente escucha. Un cuadro, una fuente, el Machu Picchu, la fontana de Trevi, la Alhambra, el ADN mitocondrial, un mapa que no tenga escala 1:1, una partitura nunca escrita que suena en nuestros oídos, el juego de dos cachorros, la espuma burbujeante y el olor de sustancias que se han unido para crear algo diferente o lo más inquietante: nuestros pasos digitales acumulados en nubes demasiado humanas. No hablamos por tanto de lectura únicamente en el ámbito de la literatura.